que reina en la composición, todo muestra claramente memorias contemporáneas, cartas redactadas deprisa y sin pretensión como sin desconfianza». (1) De esta suerte los apóstoles hacen conocer su humilde clase, su estado de pobreza y de ignorancia, sus defectos, y durante la pasión de su Maestro, la negación de unos, la traición de otros, el abandono de todos. Ciertamente no es ese el procedimiento y el lenguaje de los falsificadores».

El mismo autor P. Chavin termina su labor referente á los signos intrínsecos de la autenticidad y veracidad del Nuevo Testamento, diciendo:

«Estas pruebas intrínsecas son irresistibles. Hállanse confirmadas por las pruebas ó signos extrínsecos, es decir, por el testimonio de los escritores contemporáneos ó que recibieron sus noticias de la tradición apostólica».

LECCIÓN XXIX

El Cristianismo estudiado en sus hechos primitivos

Después de haber estudiado la cuestión referente á los libros del Cristianismo, debemos tratar de esta otra, á saber:

Sus hechos primitivos.—Aquí necesitamos dividir las cuestiones para proceder con orden y claridad. Trátase de un asunto muy debatido con

(1) Duvoisin, *Demonstration evangelique.*

el racionalismo, y afecta profundamente á la discusión de los orígenes del Cristianismo. Procuraremos abreviar lo posible tan extensa discusión, y daremos aquí cabida á los trabajos de aquellos apologistas que han estudiado el asunto despacio y que en él tienen innegable autoridad.

En esta cuestión podemos establecer los tres siguientes puntos: 1.º La persona de Jesucristo como realidad histórica. 2.º Los hechos milagrosos del Cristo. 3.º Las profecías del Cristo y demás hechos primitivos del Cristianismo.

Punto 1.º—La persona de Jesucristo como realidad histórica.—Es necesario haber perdido la más elemental noción de la historia, ó bien estar dominado y ciego por la pasión de la incredulidad, para atreverse á dudar de la realidad histórica del Salvador y para empeñarse en desfigurar su vida, violentando el buen sentido humano é histórico.

Poco nos detendremos en lo referente al alegorismo desatentado de Dupuis, con justicia hoy olvidado, según el cual Jesucristo no es más que un ser fabuloso, un ser alegórico; el sol y sus apóstoles una personificación de los doce signos del Zodiaco..... No faltó quien, haciendo aplicación de tal procedimiento, hiciese ver que Napoleón no era personaje histórico sino una verdadera fábula; así se venga el buen sentido de las locuras de sabios sin fe, que pasan por todo con tal de no creer lo que debieran. Dejemos, pues, tales delirios y entremos en el examen de la doctrina

del alemán Strauss que hizo verdadero derroche de erudición en su enfadosa obra, *Vida de Jesús*. Strauss no acude á la fábula, pero se acoge á la teoría mística; el Salvador es para él un mito, es decir, un compuesto de realidad y de ilusión; el Evangelio una leyenda, la persona del Cristo no es realidad individual; es una *idea;* esa idea es la misma *humanidad;* el Cristo no es más divino que el hombre, y esa divinidad humana no es otra cosa que la unión del hombre con Dios, según lo promete la filosofía.

Expuesta ya la doctrina, ¿qué debemos pensar de ella? Véase lo que acerca del asunto se lee en la obra *Recherche de la vraie religion,* del abate Cauly:

«¿Debemos repetir que la historia universal se levanta contra esta teoría y atestigua la realidad de la existencia de Jesucristo? Cuarenta siglos le preparan; dieciocho siglos dan testimonio de su venida. ¿Por qué, en efecto, hay cristianos? ¿En dónde se halla el origen del Cristianismo? ¿Cómo desapareció el paganismo? ¿Quién reformó las costumbres y creó nuevos pueblos? Misterio inexplicable todo eso si Jesucristo no es una realidad. Por otra parte lo hemos demostrado: no solamente los Evangelios, libros absolutamente históricos, prueban la existencia de Jesucristo, sino los testimonios profanos lo atestiguan superabundantemente: Tacito *(Anales*, lib. XV), Suetonio *(Vida de Claudio,* cap. XXV), Plinio el Joven *(Carta á Trajano),* Flavio Josefo, historiador judío, que

nació tres años solamente después de Nuestro Señor, en sus *Antigüedades judaicas,* el *Talmud,* libro de las tradiciones de la ley judía, etc., refieren la vida y las obras de Jesucristo».

Ahora, entremos á examinar la triste labor del famoso Renan, que tanto llamó la atención con su libro *La Vida de Jesús,* libro que atrajo sobre sí refutaciones sin cuento. Expongamos en breves términos la doctrina de Renan que vistió á la francesa las pesadeces de Strauss.

Renan toma por su cuenta el Evangelio y le hace decir todo cuanto á él le conviene; por este camino no hay libro histórico que no encierre una novela; y novela es, y no otra cosa, el libro *La vida de Jesús,* escrito con desenfado sin igual por el exseminarista de S. Sulpicio, á quien no la filología, sino el filosofismo racionalista, le hizo perder la fe. Divide Renan su citada obra en tres partes que son, como M. Foisset dice, la *pastoral,* la *truhanería* y la *tragedia.* Comiénzase en la primera parte la vida del Cristo; y esta vida se desliza como existencia campestre, ocupación errabunda, y Jesús adquiere con su habilidad de palabra y de acción el aura popular. En la segunda parte, Jesús es el maestro: maestro sugestionador, capaz de sorber el seso á sus discípulos, reformador, revoltoso, taumaturgo, ó mejor, milagrero y loco. Llega el final; comiénzase la lucha, síguese la muerte, y el entusiasmo de los suyos le vuelve á la vida y para siempre. Esto, como se ve, es un ensueño, pero ensueño acogido

con frenesí, y que pide se le apliquen las rigurosas leyes de la crítica. Podría escribirse un libro entero sobre el particular; pero no se trata ahora de eso; necesario es resumir, y vamos á traducir aquí los párrafos que al asunto dedica el abate Cauly en su poco ha citada obra:

«Contra este sistema de M. Renan, el buen sentido y la verdad protestan. Las pruebas testimoniales que establecen la verdad histórica de los hechos evangélicos son perentorias; más arriba las hemos resumido. ¿M. Renan no nos dijo que considera como auténticos nuestros cuatro Evangelios? ¿No censuró á Strauss de haber abandonado en demasía el terreno histórico? ¿Va él para eso á restablecer la verdad de los hechos? Sería lógico y razonable. Mas no queriendo el Cristo de los católicos, arregla á su manera *La vida de Jesús*.

«Trátase de *hechos simplemente históricos;* distinguirá entre los hechos ciertos y las leyendas, y, según su capricho, intentará derribar las afirmaciones más claras de los Evangelistas, por medio de estas fórmulas: «Parece, figúrase uno, probablemente, á lo que se cree, quizá, sospecho, ¿quién sabe?» Mas no es refutar la historia verdadera el suscitar dudas sin fundamento y sin pruebas. La más auténtica de las narraciones podrá hallar contradictores que lanzarán así por todas partes interrogaciones. Pues en eso consiste todo el sistema de M. Renan. En cambio imagina él de buen grado pormenores ignorados de todos.

¿Va él siquiera á buscarlos en buena fuente? Se guarda de indicarlo; con parapetarse detrás de su cualidad de *orientalista,* le basta. En ocasiones, es verdad, remite á los textos del Evangelio, y el lector se ve altamente sorprendido al encontrar en el lugar indicado todo lo contrario precisamente de lo que afirma el escritor.

«Trátase de *hechos milagrosos* referidos por los Evangelistas, M. Renan contradice su principio: para él los Evangelios dejan de ser entonces piezas históricas, y las interpretaciones surgen como por encanto».

El R. P. Félix en sus *Conferencias sobre el progreso por medio del Cristianismo* (1) escribe:

«Después de haber caracterizado á la crítica que ataca á nuestro Dogma soberano, denunciándola como enemiga de la ciencia y del Cristianismo y llamándola por su verdadero nombre, es decir, *anticientífica* y *anticristiana,* hemos procurado determinar con claridad la posición respectiva de Jesucristo, objeto de los ataques de la nueva crítica que dirige sus ataques á Jesucristo. Hemos dicho que Cristo es, respecto á la crítica que lo ataca, un poseedor secular; que su posesión real nos ofrece el triple prodigio de su amplitud en el espacio, su profundidad en la humanidad y su dilatación en el tiempo; y que la crítica, poniéndose frente á esta posesión que históricamente es incontestable, se presenta con títulos que son

(1) Traducción castellana de D. J. M. Antequera.

científicamente inaceptables, oponiendo á este incomparable hecho tres cosas cuya nulidad científica hemos reconocido; á saber: una negación que no puede ser formal y que se desvanece como una leve sombra ante el resplandor de nuestra universal afirmación; una duda endeble que no tiene fuerza para destruir el hecho de una posesión segura, y por último la hipótesis quimérica de que nuestro Dogma se ha formado á modo de una leyenda, hipótesis contraria á la razón, á la naturaleza y á la historia; y hemos concluído de aquí que la posesión de Jesucristo Dios es inatacable y que ese fantasma de ciencia no logrará echar por tierra la inquebrantable pirámide».

Punto 2.º—Los hechos milagrosos del Cristo. —La negación anticristiana echó mano de varios medios para desentenderse del argumento poderoso que resulta en favor del Cristianismo si se admiten los milagros obrados por el Salvador, para dar testimonio de su Divinidad. ¿Qué valen esos recursos de la crítica contra el hecho que se impone con toda su fuerza histórica? Nada; dar en el ridículo y dejar ver sus verdaderas tonterías y sus locos esfuerzos en negar la evidencia, de suerte tal, que para todo espíritu sincero basta leer lo que la crítica opone, para comprender que toda la razón está de parte de la fe cristiana. En breves palabras sintetiza el R. P. Félix en sus citadas *Conferencias* (1), el argumento que de-

1) Traducción castellana antes citada.

fiende la verdad cristiana en este punto y que dice así:

«En vano trabaja la crítica anticristiana por destruir, combatiendo los milagros del Evangelio, una de las bases más sólidas de la demostración cristiana. El milagro evangélico subsiste como la manifestación más popular y más brillante de la divinidad de Jesucristo. Entre la crítica que niega esos milagros y los milagros negados por la crítica, hay tres testimonios cuya evidencia pondrá cada día más de manifiesto la verdadera ciencia: está el testimonio de la Iglesia que los afirma, el testimonio del Evangelio que los refiere, y el testimonio de Jesucristo que los hizo. Esos tres testimonios, que se confirman y se prestan mutuo apoyo, muestran tan claramente el sello de la verdad, que la crítica no puede negar los milagros sin afirmar lo incomprensible y sin caer en insolubles contradicciones, como son: que ese hecho inmenso de la fe de los cristianos no tenga razón de ser ni pueda existir; que el Evangelio, que reune todas las condiciones de certidumbre, quede declarado un conjunto de imposturas; y que Jesucristo, el sabio y virtuoso por excelencia, resulte convencido de no ser más que un embustero ó un monomaníaco. La crítica puede continuar sus ataques, pero no hará más que ir de contradicción en contradicción, y el milagro subsistirá siempre, proclamando la divinidad de nuestro Señor Jesucristo».

El abate de Broglie, en su ya citada obra, al

tratar de los milagros de Jesucristo, dice después de haber expuesto los precedentes del asunto, si es posible que dadas las circunstancias sea posible admitir que tal serie de milagros sea de arriba abajo una invención y que pudiera imaginarse; y añade: «¿Cabe admitir que una leyenda milagrosa se formase toda entera en tan corto tiempo, sin sufrir oposición, considerándose esta leyenda como prueba fundamental de la nueva religión y por lo tanto como el eje mismo de la discusión? ¿Quién no ve que tal hipótesis es inadmisible y que, aun concediendo á los racionalistas una redacción un poco tardía de los Evangelios, el testimonio que dan de los hechos milagrosos no perdería nada de su fuerza? Aquí, además, por otra parte, hay una respuesta más sencilla. Léase de buena fe el Evangelio y léase también una historia legendaria cualquiera, la de Budha ó la biografía reciente de Mahoma, y hágase la comparación. Por una parte hay una sencillez, un candor, un carácter evidente de verdad; siéntese que se oye la palabra de aquél que vió lo que refiere. Por la otra parte, nótase por el colorido mismo de la narración que se halla uno ante una obra de fantasía».

Cerremos estas citas con lo que se lee en la obra, *El buen sentido de la fe,* del P. Caussette (1) en el capítulo que á este asunto que venimos tratando dedica su sabio autor:

(1) Traducción citada.

«¡Consideración verdaderamente digna de tenerse en cuenta, refiriéndose á la certeza de los hechos evangélicos! Al paso que todos los historiadores los admiten, los vemos impugnados únicamente por algunos que se engalanan con el nombre de filósofos ó por teólogos incrédulos. Esta observación de Kengstemberg, el más sabio expositor alemán, basta por si sola para dirimir la cuestión. En efecto, dicho escritor hace notar que en contra de dichos hechos se oponen sistemas, pero no pruebas, y que si son discutibles ante el tribunal de las ciencias especulativas, en razón de tener éstas constantemente una teoría al servicio de sus más peregrinas afirmaciones, no lo son en manera alguna ante el de la historia, en el cual solo los hechos positivos tienen el derecho de prevalecer contra los que no lo son.

«Cuando hace poco tiempo, respecto del particular, se metió tanto ruído lo mismo en Francia que en Alemania, llegaron á presumir los incautos que se había descubierto alguna impostura ó mixtificación en lo que constituye la base del Evangelio. Todo se redujo á la aparición de dos especies de soñadores: los unos, simplemente racionalistas, pretendían que los hechos del Evangelio nada tienen de milagrosos; los otros, puramente mitólogos, sostenían que los milagros del Evangelio no constituían hechos. Los primeros negaban la realidad sobrenatural; los segundos la realidad histórica de tales acontecimientos; mas así éstos como aquéllos, en lugar de producir una

sola justificación positiva en que apoyar sus opiniones, limitáronse á presentar nuevas interpretaciones más ó menos ingeniosas. Es decir, que la crítica acude constantemente á la ciencia experimental, siendo así que ésta no es más que la ciencia de las hipótesis contra la experiencia».

Punto 3.º—Las profecías del Cristo y los demás hechos primitivos del Cristianismo.—Si el milagro es, como lo es, el sello de Dios, en la Profecía tenemos el testimonio de otro hecho divino, de otra garantía de Dios, pues que sólo á Él es dado conocer lo futuro contingente ó libre.

El Salvador no se contentó con ciertos anuncios vagos, incoherentes, que pudieran ofrecer elasticidad tal que se salvase el honor del profeta si el anuncio no resultaba cumplido. Jesucristo hizo numerosos anuncios y los hizo determinadamente; el hecho se cumplió tan al pie de la letra, que tales anuncios son verdadera anticipación de la historia.

Jesús habla de los acontecimientos de su pasión, de su muerte, de su resurrección; consigna los ultrajes que ha de recibir; profetiza su muerte, y dice, nótese bien, que resucitará, y esto, al tercer día; pero no solamente profetiza acerca de su persona; también conoce lo que harán los demás; habla de la negación por tres veces, y así cumplida, de San Pedro; anuncia la traición de Judas, la huída de los demás apóstoles; ofrece la venida del Espíritu Santo, promete el don de milagros, y habla de los prodigios que habían de ocurrir en la

predicación del Evangelio, las persecuciones contra sus discípulos, el triunfo de la verdad, y luego, referentemente al pueblo judío, la destrucción de Jerusalén, la del templo, la dispersión de aquel pueblo, y vemos que todo acaeció como fué anunciado, sin que haya posibilidad de coger en fracaso ni un sólo anuncio. Añádanse á estos hechos todos los acontecimientos ocurridos en la cuna del Cristianismo, el cambio asombroso del eje moral del universo; aquella sociedad de santos, de mártires, de convertidos, esa maravilla de la Iglesia, que sufriendo universal persecución y sometiendo al hombre á una moral purísima que le pide asombrosos y constantes sacrificios, triunfa de todo y se hace dueña de la inteligencia, del corazón, del alma de la humanidad, y sepulta en el seno de la muerte todas las degradaciones del paganismo.

Compárense todos los cultos conocidos con la Iglesia católica, y se verá que sus hechos primitivos son inmensamente superiores y ofrecen el sello manifiesto de la intervención de Dios en favor suyo.

LECCIÓN XXX

El Cristianismo estudiado en sus Dogmas

Ahora vamos á entrar ya en el interior de esa gran fábrica moral que llamamos Cristianismo. Los Dogmas cristianos encierran tal grandeza, tal sublimidad y ofrecen tales verdades, que si no

apelamos á la intervención de Dios en el asunto, no es posible explicarse satisfactoriamente el hecho de esa inefable doctrina.

El Dogma católico ábrese con la solemne afirmación de un Ser supremo, vivo y personal, distinto del mundo y á quien damos el nombre de Dios. Dios es un ser infinito; por lo tanto eterno, absoluto, independiente, perfectísimo, como tal, santo con santidad esencial, bueno en sumo grado, justo, misericordioso, sabio y omnipotente; de Él traen su origen todas las cosas, no por desarrollo de la substancia divina, sino por el acto generoso é incomprensible, pero rigurosamente razonable, de la creación. Todo debe á Dios su existencia; de Él recibe su conservación, y á Él debe volver todo; Dios es principio, Providencia y fin de todo lo creado. El ser infinito es vida; pero vida perfectísima, infinita, eterna y misteriosa; en Él dánse tres personas realmente distintas, divinas, y que son una misma cosa ó substancia. El Padre, el Hijo (ó Verbo) y el Espíritu Santo. El Padre que, conociéndose á sí mismo, engendra al Verbo, su esplendor y figura de su substancia; el Hijo, que es ese mismo Verbo, engendrado por el Padre; el Espíritu Santo es el amor mutuo con que se aman el Padre y el Hijo; procede de ambos y se distingue de uno y otro. Los tres son un sólo Dios; los tres son relaciones distintas y personales de ese mismo Dios; su misterio es la misma vida divina; su unidad substancial y su triplicidad personal son el inefable misterio de la Trinidad beatísima.

Siendo Dios infinitamente bueno quiso dar participación de su beatitud á otros seres; y no pudiendo comunicarles la divinidad les otorgó, por creación, la existencia; Dios, pues, es Creador; con su palabra dió vida á cuantos seres pueblan el universo; creó el espíritu y la materia; el mundo de los ángeles, seres espirituales, sin forma corpórea, puros espíritus, dóciles ministros del Altísimo, mundo asombroso, inmenso, variado, océano de luz, de hermosura y santidad. Después, el mundo visible; ese ejército prodigiosamente innumerable de los astros; este globo que habitamos, con todas sus maravillas, desde el orden de los minerales, y subiendo por el mundo tan variado de las plantas y los animales, hasta el hombre; éste no es un ser cualquiera; es pontífice de la creación, imagen y semejanza de Dios; tiene organismo corpóreo, admirable y humano; posee un principio de vida llamado alma, alma inteligente y libre, alma espiritual, inmortal, capaz de conocer la verdad, de vivir en el orden de la ciencia, enlazada con el orden moral y destinada por Dios á fines tan altos, que este mundo es para ella camino, y su verdadera patria es el cielo; allí reposará eternamente en presencia de Dios, si por su culpa no se hizo indigna de tan generosa dádiva; pues que el Altísimo hizo al hombre hijo adoptivo suyo por el don inefable de la gracia.

Mas como quiera que antes debía mediar la prueba, el ángel y el hombre fueron probados. Muchos ángeles cayeron arrebatados por la so-

berbia; cayó también el primer hombre por la desobediencia; los ángeles culpables sufrieron, sufren y sufrirán eternamente el castigo de su rebelión; el hombre perdió la gracia y los demás bienes que condicionalmente se le habían otorgado; su culpa fué, como de cabeza de la humanidad y fuente de la familia humana, culpa original, y en él pecaron sus descendientes, con la sublime excepción de aquella mujer providencial que había de ser Madre del Redentor divino del género humano. Dios promete ese Redentor á los hombres; y cuando sonó la hora por Dios elegida, apareció en el mundo Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el Verbo encarnado, por virtud del Espíritu Santo, en las entrañas purísimas de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios y Madre y Corredentora de los hombres.

El pecado rompió las relaciones amorosas, íntimas, de adopción, que entre Dios y el hombre mediaban; requeríase una víctima capaz de satisfacer cumplidamente á la Divina Justicia y restaurar en el orden de la gracia al género humano caído; esa víctima fué Nuestro Señor Jesucristo. Verdadero Dios y verdadero hombre, sufrió Pasión y Muerte en beneficio de todos; y así como por Adán entró el pecado y la muerte en el mundo, por Jesucristo, segundo Adán, restaurador y salvador, entró el perdón, la gracia y la vida en el género humano redimido.

Los frutos de la Redención debían repartirse á los hombres, y Dios establece en el mundo la

obra maravillosa de la Iglesia. Viene á ella para infundirle luz y vida el Enviado divino, el Paráclito, el Espíritu Santo; sobre el Colegio Apostólico, á manera de asombrosa fábrica, levanta Dios esa Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica; encárgale la enseñanza, y con su asistencia vela el Espíritu Santo por la pureza é integridad de la doctrina; establece el Sacerdocio, y tenemos la admirable constitución de la Jerarquía Eclesiástica; Pedro, y en él todos los romanos Pontífices, son cabeza visible de la Iglesia; siguen luego los Obispos ó Pastores, puestos en ella para regirla en unión con la Sede Apostólica ó Romana, por el Espíritu Santo, y finalmente el Presbiterado, milicia sagrada á las órdenes de los Prelados, y todos, lo mismo que el resto de los fieles, bajo la obediencia del romano Pontífice, jefe supremo y maestro universal é infalible. La vida sobrenatural circula como la savia en el árbol, como la sangre en el organismo, á través de ese cuerpo moral que se llama la Iglesia. Los Sacramentos son fuentes milagrosas, señales instituídas por el Salvador para producir la gracia en las almas. Y finalmente, el Dogma consolador de la justificación por los méritos del Salvador; la santificación por la gracia de Dios y las buenas obras; la resurrección final y la vida perdurable, desdichada para los malos, feliz para los buenos, que habrán ya satisfecho sus postreras deudas en el lugar de expiación temporal de donde saldrán purificadas para poder entrar en el reino de Dios, en la

gloria ó cielo cristiano que es el término, descanso y complemento feliz de la existencia.

Tal es la soberbia arquitectura, expuesta en sus grandes líneas, de la Dogmática cristiana, es decir, católica.

La breve exposición que dejamos apuntada sugiere desde luego el sentimiento de la admiración; es un edificio vastísimo, elevado, profundo, que parte de Dios y llega á todas partes; lo comprende todo, derrama luz sobre los más arduos problemas que pueden ofrecerse al entendimiento, y jamás se ve discordancia alguna entre los elementos ó verdades particulares que lo componen.

Hay en todo eso asombrosa unidad, conformidad perfecta, y á todo ello preside cierto buen sentido, cierta racionabilidad que á quien sea capaz de apreciar estas cosas le dejan sorprendido y le obligan á pensar en que tal obra es divina; la mente humana no sabe hacer cosas tan perfectas, y la historia del humano saber harto claro lo ha demostrado, ofreciéndonos el triste cuadro de las aberraciones humanas, enseñadas por sus más ilustres representantes. ¿Qué otra cosa se desprende sino de la historia de la filosofía y aún de la historia comparada de las religiones? Solamente la Religión cristiana ofrece un cuerpo de doctrina purísima, sublime, verdaderamente divina y perfectamente acomodada á las exigencias de la naturaleza humana. Y en cuanto á los elementos comunes con otros cultos, tiene de ellos todo lo bueno, sin mezcla de errores, ni

monstruosidades, ni nada que pueda ser indigno de Dios ni del hombre.

Los estrechos límites de este trabajo no nos permiten entrar en pormenores comparativos con las enseñanzas de las demás religiones; esos pormenores pueden verse tratados en los trabajos del abate de Broglie, de monseñor Laouenan, en la obra vastísima del P. Juan Mir y Noguera S. J., titulada *La Religión,* y, respecto de los orígenes cristianos, lo que ofrece en su profundo estudio, *El buen sentido de la fe,* el doctísimo P. Caussette. Algo, aunque brevemente, hemos ya dicho en nuestro humilde estudio referente al orientalismo, en la lección que trata de la fe y la etnografía. Aquí, como resumen del asunto, hemos de manifestar que por mucho que se haga en el terreno de los estudios comparados hallamos la siguiente resultante: Los cultos no cristianos encierran, entre algunas verdades que son restos de la primitiva revelación, enseñanzas puramente humanas, verdaderas aberraciones, y algo por el estilo sucede al considerar los sistemas filosóficos; mas en el Cristianismo hallamos que todos sus Dogmas son perfectamente definidos, que la razón más exigente no encuentra en ellos nada que se le oponga; la crítica, por más que se empeñe, no puede conseguir demostrar que sean de humana invención, ni plagio, ni cosa que pueda hacer temer la más mínima mixtificación. Así, pues, los Dogmas cristianos llevan inconmensurable ventaja á los de todas las demás religiones, y es nece-

sario otorgarles el dictado justísimo de que son originales, divinos, perfectos, razonables y garantía poderosa de los intereses de la inteligencia humana.

Si á lo dicho añadimos los efectos maravillosos que de la doctrina del Cristianismo se derivan, entonces el triunfo es completo, y no queda otro recurso que rendir la razón y confesar la verdadera trascendencia de la Religión cristiana; y esto vamos á verlo en la siguiente lección que es el complemento de esta sección de estudios comparados.

LECCIÓN XXXI

El Cristianismo estudiado en sus efectos (Obras y frutos del Cristianismo)

No cerraremos esta sección de estudios comparados sin decir algo de los efectos, de las obras y frutos propios que brotan naturalmente del Cristianismo, como brotan las flores y como los frutos se producen cuando es bueno el árbol. Aquí no entraremos en el estudio de la civilización, pues á este punto dedicaremos una lección entera; así pues nos mantendremos en aquel punto ó terreno en donde solamente se verá la acción ó influencia propiamente directa de la Religión cristiana; y esto nos dará un motivo más para concluir en favor de su trascendencia ó superioridad.

El Dogma de la existencia de Dios, Dios único, perfectísimo, fuente de toda verdad, de todo bien

y de toda belleza, realidad viva, infinita, distinta del mundo y causa primera de donde traen por creación su origen todos los seres, es luz vivísima, segura y cierta, que en el orden filosófico enriquece á la razón humana, dándole idea clara del ser infinito, *ens a se,* del ser necesario, de sus propiedades y atributos trascendentales, y al propio tiempo evitándole caer en las monstruosidades del ateísmo, en las extravagancias del politeísmo y en el pernicioso error panteísta. El misterio sublime, inefable, asombroso de la Santísima Trinidad es torrente de luz, luz que brilla en medio de sus obscuros y divinos abismos, que resplandece en las ciencias teológicas, que ilumina las ciencias naturales con la hermosa luz de la unidad en la multiplicidad; que es como la ideal harmonía, el tipo santísimo, vestigio divino impreso en las obras de la divina diestra, como reflejo admirable que toda obra de arte lleva en sí, publicando la grandeza, el genio y perfección del artista. Imposible manifestar los motivos de altísima meditación que pueden encontrarse al fijar la mente en ese mundo del infinito cuya vida íntima, misteriosa, potente, fecunda, piélago inmenso de luz, de actividad y de amor conocemos, aunque no la comprendemos, en el augusto misterio del Dios trino y uno. Y en el Dogma profundo y bellísimo de la creación, ¿no encontramos luz por do quiera para explicarnos esa inmensidad de seres creados que nos rodean, que diariamente admiramos, que forman el objeto de